



## BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA Y LA HISTORIA REGIONAL

Sonia Pinto Vallejos\*

**B**enjamín Vicuña Mackenna fue para sus contemporáneos un hombre controvertido, pero a la vez unánimemente respetado por su clara inteligencia y gran capacidad de trabajo, que demostró a través de sus diversas actividades, ya sea como escritor e historiador o sirviendo en cargos públicos dentro y fuera de Chile.

En el momento actual se está revalorando su labor historiográfica, después de haber sido duramente criticado por la generación de la primera mitad del siglo actual por su aparente falta de método histórico, y el apresuramiento característico de su vida y de su obra.

En el transcurrir de la investigación en temas de historia económica e historia social, fundamentalmente, he tenido la oportunidad de comenzar un diálogo fecundo, a través del tiempo, con el hombre y el historiador. Ese diálogo ha recreado hechos del pasado a instancias de los relatos del historiador, y ha permitido entender mentalidades de una época distinta a la presente.

Con los datos y las vivencias recogidas por Vicuña Mackenna se ha podido proporcionar a la investigación histórica el dinamismo y la vivencia directa que raramente entregan los documentos históricos de carácter cuantitativo, y que tan necesarios son para realizar una verdadera reconstrucción del pasado.

Es preciso establecer, antes de entrar en materia, que entiendo como Historia Regional, la que ocurre en ámbitos urbanos y rurales ubicados en lugares con características comunes; su estudio no se agota con el trabajo monográfico, sino que se encuentra inserto dentro del ámbito global, con especial énfasis en los aspectos social y económico.

Se hará referencia, en primer lugar a la *Historia Crítica y Social de Santiago*<sup>1</sup>. En

\*Profesora e Investigadora en el Departamento de Ciencias Históricas y en el Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile.

<sup>1</sup>Vicuña Mackenna, Benjamín, *Historia Crítica y Social de la ciudad de Santiago*, 2 vols., Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1869.

el primer volumen el autor se ocupa de las motivaciones que lo impulsaron a realizar la obra mencionada: "El uno es solo de urgencia, porque en los momentos que el trigo convertido en oro, y el oro trocado en ladrillos y en brocados (lujo) transforman la ciudad colonial desde sus cimientos, levántandose un palacio doquiera que antes hubiese un mojinete, hace indispensable un bosquejo, siquiera rápido que conserve la sombra y los perfiles de la ciudad que desaparece bajo la azada, para no volver como el hombre y la luz a ostentarse sobre la tierra"<sup>2</sup>. De esta manera, el autor resalta la necesidad de conservar para las generaciones venideras, el rostro antiguo de la ciudad no sólo a través de los edificios sino, fundamentalmente, a través de las vivencias de sus habitantes. Este interés debería encontrarse también en nuestra época, en que el avance del progreso destruye para construir novedades, a menudo inferiores en belleza y estilo a las obras reemplazadas.

El segundo motivo que aduce Vicuña Mackenna para redactar su obra es... "de pura honra, o si se quiere, de vanidad local, porque mientras en Europa las más humildes villas tienen su historia escrita, y las capitales de Sud América sus libros especiales de estadísticas y descripción, la más hermosa y la más rica de aquellas, cual, sin disputa es Santiago, no posee otro guía que los almanques pobres y efímeros en que se apuntan los aniversarios de los santos, junto con la hora en que sale el sol y se pone cada día"<sup>3</sup>. Por las palabras empleadas, se puede determinar que el autor está orgulloso de la belleza y abundancia de la capital, comparándola con las demás capitales sudamericanas.

Más adelante, el autor se preocupa por establecer cuáles serán las modalidades estilísticas que empleará en su obra, en que combinará la narración formal con la anecdótica: "Lo único que podríamos anticipar, es que hemos buscado con ahínco el acierto, tratando de combinar lo ameno con lo severo, la enseñanza útil con el deleite pasajero. Nos ha parecido por esto preferible un estilo llano y corrido, cual conviene a esta historia exclusivamente doméstica, narrada a la gran familia chilena por uno de sus más humildes miembros, no menos que el empleo de notas complementarias, para descartar el texto, en lo posible, de materias extrañas a la unidad de su argumento"<sup>4</sup>.

Se hace presente el deseo de usar el documento histórico, a pesar de ser un relato "al correr de la pluma", como acostumbraba Vicuña Mackenna. En el párrafo siguiente, se encuentra una reafirmación de la idea anteriormente expuesta: "...éste como todos nuestros pobres ensayos, está escrito al correr de la pluma, bien que sobre materiales preparados cuidadosamente después de un largo estudio y de investigación laboriosa y paciente, cual siempre lo hemos acostumbrado. Por esto hemos llamado *crítica* la presente historia, pues en realidad lo es, porque, en otro sentido, concebimos que en el presente estado de las ciencias de la investigación y de la literatura, sería una avanzada presunción, casi una petulancia, escribir un libro histórico sin apuntar prolijamente

<sup>2</sup>Ibíd., Op. Cit., t. I, p. 8.

<sup>3</sup>Ibíd., Op. Cit., t. I, p. 5.

<sup>4</sup>Ibíd., Op. Cit., t. I, pp. 5-6.

cada uno de los orígenes y comprobaciones de los hechos que en él se mencionan<sup>5</sup>...

Se hace presente, junto con el deseo de informar a los lectores, el uso de la metodología histórica usual en la época, que está presente en la mayoría de la numerosa producción del autor, y lo identifica como un talento superior.

Un tema de especial interés personal, tratado por Vicuña Mackenna en la obra comentada, es el de las obras públicas, con especial énfasis en el camino entre Santiago y Valparaíso. Por ejemplo, relata que el gobernador Ambrosio O'Higgins después de realizar un viaje al norte de su jurisdicción, desembarcó en Valparaíso donde... "notó que el camino llamado de carretas y que pasando a la vuelta de un desvío lleno de atolladeros y pantanos por Melipilla descendía al puerto a través del cerro empinado que lleva todavía aquel nombre de cerro de las carretas y sospechando que fuera fácil habilitar el más recto llamado de las cuestas que corría por montes bravos y espesos y que sólo transitaban los arrieros, comisionó al ingeniero d. José Hidalgo"<sup>6</sup>...

Era necesario, por tanto, habilitar el "camino de las cuestas o de caballos", de trazado más corto, pero también más difícil, para el tránsito de carruajes. Todo ello para adaptarse al incremento experimentado por el comercio interregional, como también por el crecimiento de la demanda externa, que necesitaba en forma urgente una vía de comunicación más expedita entre Santiago y su puerto.

En 1791, la obras del camino estaban iniciadas, "...asistiéndolo el presidente en persona en su berlina tirada por cuatro robustas mulas. Y esto no es de admirarse, porque la grandeza y gloria verdadera de Don Ambrosio O'Higgins fue haber sido un presidente mayordomo y después en Lima, un virrey sobrestante, como lo acredita hasta ahora, esa magnífica calzada del Callao"<sup>7</sup>. Destaca el autor, las características de este funcionario ejemplar, el cual, como se recordará, empezó su carrera como delineador en el ejército de la frontera.

Con el fin de allegar fondos para realizar la empresa acometida, dentro del sistema colonial español en que el Estado invertía poco y por razones de estricta necesidad, se recurrió al impuesto de peaje. "Decretó, en efecto que se cobrase cuatro reales por cada carreta y medio real por mula, la mitad cuando sin carga y que su producido se aplicase únicamente a la apertura y conservación de la vía".

"De aquí la sorda resistencia del pueblo al beneficio, y llegó aquella a tal grado que habiendo sometido el presidente su plan al Cabildo de Santiago para solicitar su cooperación éste acordó que si bien agradecían la idea, su costo debían pagarlo los arrieros y carreteros que con el nuevo camino lograrían la ventaja de ahorrarse la quiebra continua de sus carretas y pérdida de mulas que cada día experimentaban en su trajín"<sup>8</sup>.

<sup>5</sup>Ibid., Op. Cit., t. I, p. 6

<sup>6</sup>Ibid., Op. Cit., t. II, p. 277.

<sup>7</sup>Ibid., Op. Cit., t. II, p. 277.

<sup>8</sup>Ibid., Op. Cit., t. II, p. 278.

Los reclamos y la falta de ayuda para realizar la obra, que se presentan como rasgos típicos de los tiempos coloniales, continuaron produciéndose a mediados del siglo XIX, en plena república, y Vicuña Mackenna lo hace notar diciendo: "El mismo argumento del Senado contra el ferrocarril de Valparaíso, medio siglo más tarde. Antes la carreta, después el birlocho. Antes los arrieros, después los arreadores"<sup>9</sup>. Es la lucha permanente contra la naturaleza conservadora de los chilenos, y de su postura cómoda, queriendo disfrutar de las ventajas, pero no correr los riesgos.

La obra comentada es también de gran utilidad para la Historia Social. Se encuentran valiosas referencias acerca de la familia chilena al escribir: "Tomemos al hombre desde la cuna y sigámosle en todos los aspectos de la vida, los grandes como los pequeños, los que ha tenido por teatro la plaza pública o la sombra del hogar, y estos últimos de preferencia, como que de las acciones íntimas de los seres, de su flaca carnadura, de su perecedero polvo, mana la resina, si es dable decirlo así, que mejor arde en la antorcha de la vida. A su luz, acaso logremos reconstruir por un instante, la vida íntima y social del chileno, especialmente del santiaguino durante los largos siglos de la era colonial, comprendiendo también en ésta aquéllas de sus derivaciones que aunque al parecer modernas, forman parte esencial y genuina de su íntima existencia"<sup>9</sup>. Resalta de esta manera, la importancia de una historia que de ser considerada simple anécdota, ha llegado a derivar en una rama de la moderna Historia Social denominada Historia de la Familia. Continuaba su relato diciendo que "Crecían así los hijos de Santiago mecidos en los brazos de las nodrizas indígenas del país, y de sus rudos labios aprendían antes que la lengua patria, el quichua y el araucano"<sup>9</sup>... Denotaba de esta manera la crianza mestiza que recibían los santiaguinos, que habría de marcar sus vidas en la edad adulta.

En cuanto a la educación recibida, los niños iban a la escuela siendo aún pequeños; muy pocos de entre ellos lograban llegar a las escuelas mantenidas por los conventos, y menos aún, los que alcanzaban la enseñanza superior, especializándose los más en abogacía. La gran mayoría de los jóvenes de la aristocracia chilena tomaban a su cargo las haciendas de sus padres, dedicándose a las actividades propias, con escasa preparación.

Vicuña Mackenna dedica también algunos párrafos a las características de las mujeres santiaguinas: "Son las mujeres de Santiago, ..., de regular estatura, de airosos cuerpos; no son lindas, pero generalmente son bien parecidas, ... Se les acusa de engreídas y vanidosas, y no es ese su carácter".

Y continúa: "No son voluntariosas, ni dispendiosas de la hacienda, se subordinan sin violencia, y sin que jamás se vea en ellas la altanería que se experimenta en otros países y son discretamente económicas"... "No son leídas ni sabidas como las francesas"... añadía medio siglo más tarde el naturalista Espada, ... "pero es porque no aprenden más geografía que la de su casa,

<sup>9</sup>Ibid., Op. Cit., t. II, p. 278.

más historia que la de su familia, más lengua que la balbuciente de sus hijos en la infancia, ni más filosofía que la de su propio corazón"<sup>10</sup>.

Como se puede apreciar, la condición de la mujer tanto en la época colonial como en los primeros años de la republicana, no había experimentado grandes cambios, exaltando sus virtudes domésticas y estéticas, pero no dando importancia a sus cualidades espirituales.

También podemos apreciar por los testimonios del autor reseñado, la influencia de la cultura francesa a través de España, en la descripción que se hace del petimetre o elegante de la época de Carlos III, similar también para el caso chileno<sup>11</sup>:

Mucha hebilla, poquísimo zapato  
Media blanca bruñida, y sin calceta  
Calzón que con rigor el muslo aprieta  
Vestido verde inglés, más no barato

Magníficos botones de retrato,  
Chupa blanca bordada a cadeneta,  
Bien rizado, erizón, poca coleta,  
Talle estrecho, a las corbas inmediato.

Con esto y vuelta de Antolas muy finas.  
Felpudo sombrerón, y una corbata  
Que cubra el cuello: mucha muselina.

Aguas de olor, rapé, capa de grana.  
Trampa adelante, y bolsa no mezquina.  
Es petimetre quien le da la gana.

En segundo término, es digna de mención la *Historia de Valparaíso*<sup>12</sup>, publicada en 1869 (tomo I) y 1872 (tomo II). En sus primeras páginas, el autor se ocupa por encontrar el origen del nombre del primer puerto chileno, narrando que Juan de Saavedra, compañero de Almagro, había nacido en un pequeño pueblo castellano llamado Valparaíso, cerca de la ciudad de Cuenca. Por sus cualidades de mando, fue enviado con un grupo de compañeros hacia la costa, "y rpenteando por entre los montes y los riscos de sus playas, llegó al fin a un valle estrecho y sombrío, poblado en su fondo y laderas de hermosos árboles que daban horizonte a una bahía remansa como un lago". "El aspecto de aquel sitio agreste, rodeado por do quiera de elevadas colinas, trajo al conquistador castellano la memoria del patrio cortijo, ...; y como un voto y un recuerdo, dióle su nombre"<sup>13</sup>.

<sup>10</sup>Ibid., Op. Cit., t. II, pp. 555-556.

<sup>11</sup>Ibid., Op. cit., t. II, pp. 520-521.

<sup>12</sup>Vicuña Mackenna, Benjamín, *Historia de Valparaíso. Crónica política comercial y pintoresca de su ciudad y de su puerto desde su descubrimiento hasta nuestros días*, 2 vols., Santiago, Ediciones de la Imprenta de la Dirección General de Prisiones, 1936.

<sup>13</sup>Ibid., Op. Cit., t. I, p. 3.

Se refiere, también en el tomo I, a la fisonomía del puerto de Valparaíso a comienzos del siglo XVIII, en que distaba mucho de ser lo que llegaría a constituir a fines de la misma centuria, cuando ya era ciudad con escudo de armas, y segundo puerto del Pacífico: “Para el que llegaba por el mar, allá, en los primeros años del pasado siglo, las áridas lomas a cuyo pie moría el histórico valle de Quintil, ofrecían un aspecto agradable, casi pintoresco. Un centenar de casas, o más propiamente chozas, esparcidas caprichosamente en los declives, en las gargantas y en los atrevidos espolones de las montañas, que el mar azotaba en sus creces y el viento en los huracanes; puentes rústicos echados sobre los cauces de las quebradas; densas arboledas esparcidas en grupos<sup>14</sup>”... Esta era la primera impresión que producía el agreste paisaje; sin embargo; ...“una vez puesto el pie en tierra, todo el encanto desaparecía, como una ilusión de las olas. Una aldea sucia, pajiza, desigual esparcida a lo largo del declive y un grupo de tétricas bodegas, separadas entre sí por estrechos pasadizos, en el plano de la playa: he allí el panorama del antiguo Valparaíso, contemplado sin los prismas de la óptica. No había calles, ni veredas, ni empedrados. Menos había policía, aseo en los cauces, faroles en las lóbregas noches, nada, en fin, de lo que hoy constituye una villa de mediano porte<sup>15</sup>. Esta visión de Vicuña Mackenna se basa en los relatos de viajeros que llegaron al puerto en la época descrita.

En el tomo II de su obra se encuentra una vívida descripción de la sociedad y las familias porteñas del siglo XVIII, antes de la llegada de los primeros ingleses y bostoneses: “El vecindario de Valparaíso, ... había sido un pueblo esencialmente devoto, porque era un lugarejo esencialmente frailesco. La área de sus claustros, tomada en conjunto, medía dos o tres veces más espacio que la de sus microscópicas habitaciones civiles. Todos sus puntos de mira terminaban en campanarios. Todas sus prácticas, además de la *siesta* y de la *cena*, eran profundamente místicos<sup>16</sup>”...

Además de su gran devoción religiosa, demostrada en todos los aspectos de su vida, los habitantes del puerto vivían dedicados a sus actividades, y esperando las noticias que iban desde Santiago por tierra, y desde Lima por mar: “¡Barco de Lima! era en el pueblo un grito festivo en todos los hogares y de bullicio y alegría en la playa y las colinas. Atropellábanse los vecinos con sus esposas, sus niños y sus amas hasta humedecerse los pies en la arena que servía en todas las direcciones de muelle y panorama apenas se anunciaba por el vigía la aparición de una vela, y desde que ésta se presentaba a la vista comenzaban los comentarios y las apuestas y los adivinamientos<sup>17</sup>”.

Este rápido vistazo sobre las dos obras de mayor envergadura de Vicuña Mackenna, en lo referente a los temas de Historia Regional e Historia Social de Chile, lo muestran no sólo como un intelectual agudo, sino como un hombre

<sup>14</sup>Ibíd., Op. Cit., t. I, p. 340.

<sup>15</sup>Ibíd., Op. Cit., t. I, p. 341.

<sup>16</sup>Ibíd., Op. Cit., t. II, p. 348.

<sup>17</sup>Ibíd., Op. Cit., t. II, p. 349.

deseoso de servir a su país y situarlo a la altura de las naciones más desarrolladas.

Como historiador, aparece en carácter de precursor en algunas temáticas poco tradicionales. Por ello, los especialistas en cualquier sector de la realidad chilena o hispanoamericana encontrarán en sus obras, aparte de informaciones, el dinamismo propio de un pasado común, que posibilitará la creación de un porvenir promisorio para el mundo hispanoamericano.